

ENTREVISTA | Inaugura exposición en D21

CAROLINA YRARRÁZAVAL:

“Estos pliegues encierran silencios dentro de mí”

Es apuntada como la mejor artista textil de la escena. Expone con frecuencia en Nueva York —“nunca con curador”—, y en Japón sus tapices fueron celebrados por sus pares y por la crítica. Con 40 años de trayectoria, sorprenderá con su nueva obra, que se pliega y semeja pergaminos en los que vibra el color dentro de un minimalismo que es también su forma de vida.

CECILIA VALDÉS URRUTIA

Teje sus tapices de espaldas al mar. Le gusta sentir el sonido de las olas y el aire marino de esos roqueríos en Punta de Tralca, junto a esa luz esencial que invade su taller. “En estas obras supero en algo el minimalismo porque hay más color, hay más pliegues y más texturas. Pero el silencio continúa porque el trabajo en telar siempre es lento y silencioso. Tal vez ahora estos pliegues encierran silencios dentro de mí”, comenta la premiada artista visual Carolina Yrarrázaval (1958).

En sus tapices fluye lo oriental, la estética japonesa de ese país de las ancestrales estampas llamadas “Imágenes del mundo flotante”, del arte *Ukiyo-e* del período Edo, como de las magníficas 36 “Vistas del Monte Fuji”, de Hokusai. La artista textil —con 40 años de trayectoria— conserva la armonía y profundidad de ese mundo oriental. “Ellos protegen con orgullo sus tradiciones como la textil y me conmueve la delicadeza y el desarrollo de la sombra. Y me

seduce cómo contemplan el vacío”. Los japoneses llevan también el arte textil a la literatura, como en la delicada y fina novela “Kioto”, del Premio Nobel 1968 Yasunari Kawabata.

La exposición de Carolina Yrarrázaval en Japón, antes de la pandemia, fue destacada y el Museo de Arte Moderno de Kioto adquirió obra suya. Su próximo destino internacional

es una colectiva de arte textil de artistas del mundo en Nueva York. Pero el nuevo trabajo de esta autora, de modos suaves y carácter firme, de muy bajo perfil y directa, tiene cambios. Sus “Pliegues del silencio” —tapices de gran formato, que inaugura este jueves en D21— dejan en suspenso el uso de la seda, el lino, el yute, y abordan la fibra de coco, la cruza con sus tejidos hechos en telar y hace aparecer “un festival de colores”.

Ello lo desplegará en la galería D21, que da “una libertad total a los artistas en el montaje, interpretaciones”, dice. Y apunta sus críticas, en cambio, a una “gran mayoría de los curadores de la escena y a las exageradas exigencias burocráticas de entidades como el Museo de Bellas Artes, que tal vez demuestran con ello una ignorancia frente a las trayectorias de reputados creadores”.

La materialidad se insinúa

Carolina Yrarrázaval es también clara en afirmar que un artista “debe investigar y encontrar cosas nuevas, materialidades y formas. El desafío no ha sido fácil, pero sí fascinante”, cuenta desde su taller minimalista en la costa, que tiene que ver con la vida “austera” que eligió vivir. Crea junto a las rocas, los pinos y el mar, cerca de la cabaña que ocupaba antes Bo-

roro y que había sido de Nemesio Antúnez, junto a otras casas que tenían los premios nacionales José Balmes y Gracia Barrios. Era una comunidad de grandes y creativos artistas, fotógrafos y gestores, como Carmen Waugh, que tanto hizo por el arte y los artistas, en Chile y en el exterior.

Hoy ya no están. Falta una Carmen Waugh, mujer brillante y transversal, que acogía a todos en su galería Casa Larga, en los años 80, donde trajo y expuso muestras notables de artistas como Matta, Antúnez, Téllez, Girola, según recogíamos en estas páginas. Había una sana y necesaria transversalidad en tiempos muy sensibles.

Carolina conserva esa manera amplia de ver y vivir, pero cambió ahora su arte. “Al encontrar la fibra de coco he tenido que demostrar cómo introducir el color y cruzarlo con los tejidos creando nuevas texturas, luces y formas”.



Carolina Yrarrázaval crea, teje y desteje en su taller, frente a roqueríos de Punta de Tralca.



Detalle tapiz “Coco dorado”.

Experimenta con esas fibras, las interviene y logra hermosas transparencias que conducen a una nueva mirada. La belleza sigue siendo esencial en esta nueva contemporaneidad de sus tapices.

—¿Cómo es ese material que transforma en arte?

“Son láminas hechas con fibra de coco, que semejan pergaminos (su obra evoca también el libro ‘El infinito en un junco’, de la española Irene Vallejo). El proceso de esta materialidad implica que se molió la cáscara fibrosa del coco y se mezcló con cera: al secarse dio origen a una suerte de pergamino. Este, gracias a la cera, posee una estructura y firmeza que permite ser plegada”.

—¿Le da nuevas posibilidades plásticas y también incorporar ahí sus tejidos en telar?

“Sí, permite mucho. Es una materialidad de gran belleza por su transparencia y permite un fácil teñido. La estructura, gracias a una firmeza fantástica, me permite poder plegarla y cruzarla con los tejidos para mis tapices. Pero hay algunas piezas que he dejado libres, sin tejido de fondo, transparentes, tan solo con los efectos provocados por el proceso de teñido. A otros tapices les he ido incorporando tejido y dando el relieve a medida que avanza el proceso. Trabajo con una doble construcción. El tapiz dorado, por ejemplo, es plegado y va sobre un tejido que hice en un telar de fondo color negro”.

Todos los trabajos son textiles, precisa. “Los anteriores eran 100 por ciento tejidos, ahora hay un diálogo entre lo que se teje y los pergaminos de coco. La nueva obra abarca más, es más compleja y meticulosa”.

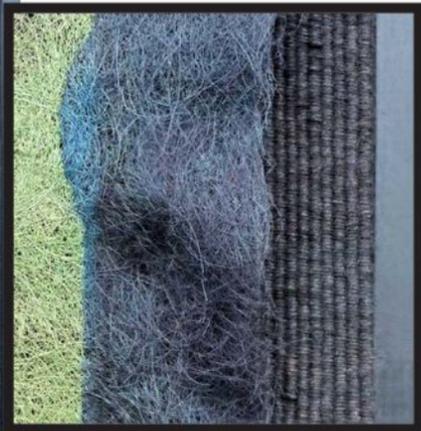
—La sensualidad lograda es esencial.

“¡Es la maravilla de estas obras de textil!, donde es fundamental tocar y sentir las diferentes cualidades de la materia suave o áspera. La materia se insinúa. Hay un juego sensual. La fibra de coco es muy rica, con una calidad un poco rugosa”.

—Y el color irrumpió dentro de su estilo sintético, relacionado con un Morandi, con un Chi-yoko Tanaka o Hiroyuki Shindo.



Llegó más color a su minimalismo vinculado a lo oriental. “Coco verde”, 2023.



“Coco verde”, detalle. Su obra semeja una pintura.

“¡Sí! Admiro a esos artistas. Y con esta materialidad me abrió a nuevas posibilidades de color; uso ahora los verdes, amarillos, rosas, lila, pero siempre intentando mantenerme dentro de mi forma expresiva. El desafío era cómo intervenirlo y cómo iba a mostrarse una vez teñido, pues con el color va cambiando su expresión. Fue un trabajo arduo y largo de búsqueda de colores que complementarían la textura que aquí viene determinada”.

“Los curadores se adueñan de la obra”

En Nueva York, todos los años se organiza una exposición en Brownrotta Gallery, especializada en arte textil, que invita a artistas del mundo. Carolina es una invitada especial. “Se puede ver allí hacia dónde se dirigen las búsquedas y las diferencias de propuestas según los continentes”.

En la última versión participó con varios tapices. Y fue celebrada como sucedió en Kioto, donde los propios artistas japoneses compraron sus tapices, lo que “es la mejor señal de una valoración del trabajo manual en Japón. Todo lo que está hecho a mano son tesoros para ellos”.

—¿Y cómo ve el interés hoy por el arte textil en la escena internacional? Porque vemos ahora arte textil en la Documenta y en la Bienal de Arte de Venecia.

“Así es. Cada vez hay más demanda e interés y presencia en bienales de arte y exposiciones en galerías y museos. Ello se vio con gran despliegue en la antepasada Bienal de Venecia, con la gran exposición de Sheila Hicks, con quien seguimos siempre en contacto”.

Hicks ha destacado especialmente la obra, mirada y trayectoria de Carolina Yrarrázaval.

La artista chilena, en tanto, confiesa que en toda su carrera “he evitado someterme a los criterios de los curadores, que muchas veces nada tienen que ver con las necesidades expresivas del artista. Para mí, la forma en que se presenta la obra es fundamental. Solo una vez tuve una mala experiencia que me dejó con un gusto muy amargo”.

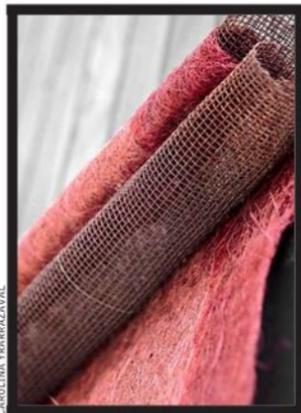
Y agrega, más distendida, pero seria: “Parecen adueñarse de la obra, dejan a un lado la intención del artista. Es una realidad que está pasando cada vez más fuerte. Y es tan diferente a mi experiencia cuando expuse en el Museo de Arte Contemporáneo de la Universidad de Chile, con Francisco Brugnoli: una persona culta, sensible, respetuosa, que solo hacía aportes sin determinar nada con su forma de ver las cosas”.

“La galería D21, insiste, respeta la independencia y libertad. Y facilita todo a los artistas. A diferencia de otras entidades como el Museo Nacional de Bellas Artes, que pide ahora infinidad de documentos, proyectos descriptivos y hasta financiamiento, cuando faltan años para exhibir. Al respecto, concuerdo absolutamente con el gran pintor Eugenio Tellez, en su carta al director de ‘El Mercurio’, donde señaló lo absurdo de esas solicitudes que actualmente realizan a los artistas, incluso de renombre internacional”.

Premio de la Crítica 2013 por su exposición en el MAC, Carolina Yrarrázaval sabe de artistas y de formación. Viene de una familia de creadores y es madre del artista Santiago Figueroa. Ella formó una escuela de arte textil en Chile y creó talleres de arte en la población La Bandera en los años 80. “Sigo aportando a quienes comienzan en arte textil, pero no es algo formal. Me buscan y vienen a mi taller. Tengo la casa abierta para quienes quieran venir a aprender, a mirar, a conversar de este arte”.

Está muy entusiasmada con un curso que dará en enero, en el Bodegón, en la comunidad de Los Vilos. Su preocupación social es algo esencial en ella. En febrero llega con una muestra a Casa Plan en Valparaíso, muy vinculada al Taller 99 que fundó Nemesio Antúnez, también cercano a la artista y a su creativa familia. Ella no solo es hija del pintor y escultor Ricardo Yrarrázaval, sino que es sobrina del poeta Renato Yrarrázaval, autor de libros como “El tiempo nunca estuvo”, quien solía escribir en estas páginas.

He evitado someterme a los criterios de los curadores, que muchas veces nada tienen que ver con las necesidades expresivas del artista”.

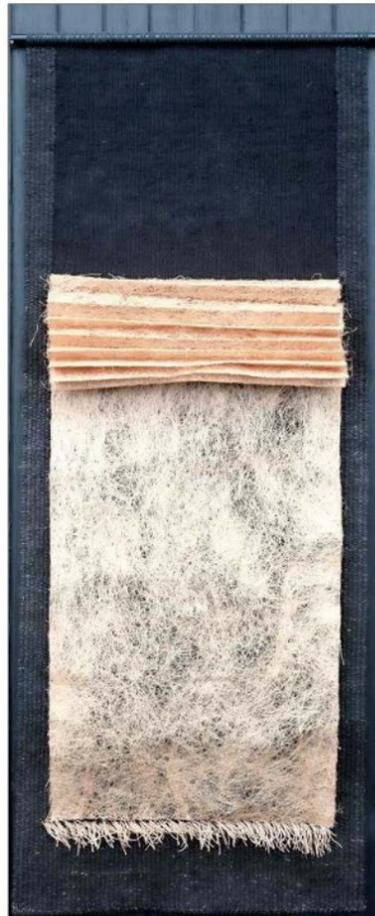


Detalle de tapiz rosado. Se enrolla como un pergamino.

Carolina Yrarrázaval es también clara en afirmar que un artista “debe investigar y encontrar cosas nuevas, materialidades y formas. El desafío no ha sido fácil, pero sí fascinante”, cuenta desde su taller minimalista en la costa, que tiene que ver con la vida “austera” que eligió vivir. Crea junto a las rocas, los pinos y el mar, cerca de la cabaña que ocupaba antes Bo-



El “Coco dorado”, desafiante en el color.



Su primer tapiz con fibra de coco tipo pergamino.